

Presentación libro Miguel Eyquem

Voy a iniciar esta presentación con una suerte de reseña para quienes no conocieron al autor de este libro.

Miguel inició sus estudios universitarios primeramente en Ingeniería en la Universidad de Chile, y, luego de unos años, ingresó a la Facultad de Arquitectura de la Universidad Católica de Chile, donde se recibió con el título de arquitecto en la década del 40.

Perteneció al grupo cofundador de nuestra Escuela y del Instituto de Arquitectura junto a los arquitectos Alberto Cruz, Fabio Cruz, Arturo Baeza, Jaime Bellalta, Francisco Méndez y José Vial, el poeta Godofredo Iommi y el escultor Claudio Girola.

Cofundador y constructor de esta Ciudad Abierta.

Premio Nacional de Urbanismo en 1971. Luego de un periodo de trabajo y vida en Santiago para la Corporación de Mejoramiento Urbano, (CORMU) unido a trabajos propios de arquitectura, se instaló, definitivamente en el Cerro Castillo de Viña del Mar junto a su esposa Elena Vial y sus dos hijos Miguel y Elena.

Ejerció la docencia universitaria en continuidad en talleres de arquitectura inicialmente junto a Alberto Cruz. En el 2009 fue nombrado Doctor Honoris Causa de nuestra universidad.

Su última travesía la realizó el 2017 y en 2020 a sus 98 años participó activamente del quehacer online que nuestra escuela y Ciudad Abierta sostuvo durante la pandemia. Muere en Santiago el 2 de marzo del año pasado, habiéndonos entregado un mes antes los últimos escritos finales de este libro.

Dejo la reseña, para descubrir al autor:

Ahora cual saludo, con este gesto, aquel que muestra mi palma abierta, mis dedos extendidos y levemente doblados pero entreabiertos, quiero hacer presente la luz, bien diríamos un contraluz con esa lejanía a mis espaldas, también hacerles presente el aire que invisiblemente pasa entrecortado entre mis dedos y junto con luz y aire, está el espacio, esta gran vega que facilita que muchos de ustedes desplegados por doquier, puedan verme, aquí, alzando mi mano.

Este gesto es el artificio para poder hablar de una trilogía. Del amor que Miguel tenía a la luz, al aire y al espacio.

Amaba al Hermano Sol, aquel que daba calidez a su cuerpo, confirmado con bellos recuerdos de cálidas tardes familiares desde su niñez y juventud, hasta aquellos últimos días que volvió a Santiago; también amó a aquel astro Sol que traía la belleza de la luz a la vida cotidiana de mujeres, hombres, niñas y niños, aún me resuenan sus palabras a estudiantes de Diseño presentando al gran astro como un dios que daba vida a la tierra a la vez que explicaba con agudeza la propagación de sus ondas. Tanto el Hermano como el Astro, los consignó en obras, a las que pudo dar forma con aquello que su cuerpo y su mirada insistidamente custodiaba, la luz. Prueba de ello, leer Hotel Antumalal en este libro, o bien, visitar con luz de día la obra, situada a orillas del lago Villarrica, camino a Pucón.

Miguel también amó el aire, aquel que libremente surcó con sobrevuelos silenciosos en avión sin motor, allá arriba cercano al monte Aconcagua a sus ya avanzados 90 y tantos años. Amaba ese aire silencioso, denso y suave a la vez, lo consignó materialmente construyendo estructuras laminares de hormigón, cual canalización del viento flotante, en su obra en el Portezuelo de Colina, más conocida como Casa Peña, que es un canto al aire fuselado, libre y templado de un interior. Pueden leer en su libro, la delicadeza con que relaciona espesores y aristas de los materiales, haciéndonos palpar ese hormigón, pero mejor aún, pueden hacer el ascenso a la obra en la cima de un lomaje, allá a un costado de la ruta Los Libertadores de Santiago, camino a la comuna de Colina. El 2020, Miguel realiza su última ida a su gran obra, acompañado de los arquitectos Hernán Cruz Somavía y Constanza Echeverría, aquí presentes.

Y, ciertamente Miguel amaba el espacio, para él el espacio era cual diamante de múltiples caras. Amaba a aquel espacio de las vastedades terrenas y aéreas de esta América que recorrió a pulso, tanto a pie como en motocicleta, auto, bus, botes, lanchas y aviones.

Amaba aquel espacio del cielo y sus estrellas, pues le daba sentido a ese universo por el cual él mismo se dejaba traspasar, prueba de ello, es su amigo astrónomo Luis Paredes, aquí presente, quien lo nombra "Miguel Eyquem y la poesía del universo" en su reciente libro.

Miguel amaba esos espacios, y con ese coraje que le dió la experiencia directa de la naturaleza vivida desde acá abajo y desde allá arriba, nos da cuenta de su ocio creativo de profundizaciones a quienes quieran continuar pensando en la construcción de un cierto vacío vasto y habitable.

Cada obra es en palabras de Miguel y como fiel conocedor de Heidegger “un encaminamiento y un paso adelante al vacío”.

Por ello, para terminar, solo indicar que el gesto que traje para poder hablar de los tres amores de Miguel, tiene una peculiaridad, y es que saludar es casi el mismo gesto que el de despedir, por ello quiero pedirles que saludemos todos a Miguel esté donde esté, alzando la mano, porque seguro sabrá leer la luz, el aire y el espacio que aquí nos reúne.

Salud Miguel!